



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XXXVII

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NÚM 10820

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Península.—Un mes, 2 pias.—Tres meses, 6 id.—Extranjero.—Tres meses, 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1º y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración

REDACCION Y ADMINISTRACION MAYOR 24

VIERNES 26 DE NOVIEMBRE DE 1897

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette, rue Caumartin 61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.

CAMILO PÉREZ LURBE

12, CASTELLINI, 12

Material completo para minas, obras públicas, agricultura y construcción.

Instalaciones de máquinas de extracción y desagües. Especialidad en cables y cuerdas de abaca, acero y hierro.

Vías, rails, wagonetas, picos, martillos, azadas, legones, palas, barrenas, etc.

Bombas, fraguas, poleas, mandriles y toda clase de maquinaria

MDME. NOTTIN.

Representante: CONCEPCIÓN DÍAZ

Se ha recibido un elegante surtido de

SOMBREOS DE SEÑORA

También se han recibido

MODAS INFANTIL ES

del mejor gusto y elegancia.

Esta casa se encarga de toda clase de reformas.

PRECIOS ECONÓMICOS

Palas, 2, entresuelo, Casa de Telégrafos

HABLEMOS

DEL BOTIJO

Suponemos que al leer el epígrafe no crearán nuestros lectores que vamos a disertar sobre las excelencias del recipiente donde se acostumbra á beber agua fresca en verano. No se trata de ese botijo de fragil barro más ó menos rojo, sino del tren á que hemos puesto ese apellido.

¿Qué hay del botijo? ¿Lo traemos ó no? ¿Llevamos á cabo la idea de procurar que las procesiones de Semana Santa sean presenciadas por espectadores de fuera de la provincia, ó nos retiramos modestamente por el foro, renunciando aquel deseo?

Sensible sería esto último, por que confesaríamos paladinamente que en constancia y decisión nos aventajan los habitantes de cualquier región española.

Los gaditanos han llevado su tren botijo á las playas de la antigua Gales; los alicantinos han llevado el suyo á las costas levantinas; de los gallegos y los asturianos y los vascos no hablemos: esos los llevan por océanos. ¿Y no hemos de lograr los cartageneros traer uno solo, como muestra, para que los que en él hacen el viaje se lleven al regreso la impresión de nuestras fiestas religiosas?

Queremos poder y como queremos lo traeremos.

¿Qué se necesita para llevar adelante nuestro propósito? Ya lo dijimos hace tiempo: confeccionar un programa de espectáculos, darle publicidad y pedir el tren.

Como base de ese programa tenemos las procesiones de Semana Santa, como correa de unión de las cofradías, y éstas toca decir lo que hará en el asunto.

Lo mejor sería que los presidentes de las mismas tomaran la palabra para consumir turno, y así sabríamos á qué atenernos. Mientras no lo hagan caminaremos á oscuras y así no es posible hallar el tren botijo en cuya busca vamos.

Y no vale decir que ya lo hicieron hace tiempo, al prometer que las procesiones se celebrarían. Se necesita algo más concreto, más preciso, que decida á los otros elementos que han de concurrir á la formación del programa á entrar de lleno en él.

En esta ocasión las cofradías son las amas, ellas lo pueden todo. La una tiene un jefe que es todo entusiasmo y no hay quien le gane á activo; la otra tiene el padre alcalde y está dirigida por una buena voluntad.

Con tales elementos ¿quién se

achica? Nadie. Quien tal hiciera se ganaría una rechifla general y eso sería lamentable.

Conque ¿quién tiene la palabra? ¿Traemos el tren botijo, ó lo dejamos en los cocheros de Madrid?

CANTARES

I
Voy á hacer una capilla,
en la capilla un altar
y en él he de colocarte
para ser tu sacristán.

II
Tus sueños y mis sueños
comprender un,
¡sin jamás separarse
quererse mucho!

III
Retoran las margaritas
de nuestro amor compañeras,
¡cuando por mí te pregunten
te encenderás de vergüenza!

IV
No hay pena como la mía,
que abandoné la verdad
por correr tras la mentira.

V
Sufres, pobre golondrina
porque se aleja tu madre;
¡ven y lloraremos juntos!
¡nuestras penas son iguales!

VI
Siempre que miro á los cielos
al cielo mi beso envío,
¡con el beso de mi madre
se encontrará en su camino!

Narciso Díaz de Escovar.

Microscópicas

Han pasado veinticuatro años sobre aquella fecha memorable y aun conserva el espíritu la impresión violentísima de aquel suceso trágico que parece ocurrido ayer por lo detallado que acude su recuerdo á la imaginación.

Emigrados voluntarios, abandonamos la ciudad rebelde, y buscamos refugio en lo más empinado de la si-

erra, llevando en nuestra compañía á aquella santa mujer que lloraba desconsolada al dejar su hogar como si abrigara el presentimiento de que la enfermedad que la consumía le impediría volver.

Las esperanzas de un pronto regreso, acariciadas al principio, fueron borrándose; el verano transcurrió con desesperante lentitud; el otoño iba de vencida y ni la ciudad codia en sus pretensiones, ni en el campo sitiador se descubría con el anteojo nada ostensible que acusara el fin próximo de aquella lucha engendrada por la desconfianza más que por el choque de las ideas.

La noche transcurrió sin incidente alguno. De vez en cuando una detonación lejana cruzaba el espacio y tras largo y siniestro silbido, que hacía pensar en cosas tristísimas, otra detonación respondía á la primera. Era que desde el campo sitiador ó desde la ciudad sitiada hacia su veloz viaje el cóncavo proyectil, que al estallar sobre el suelo ocasionaba no sabemos cuántas desdichas.

La aurora anunció un día espléndido; el sol, al asomarse por Oriente, alumbró un cielo sin nubes; aunque estábamos á 26 de Noviembre la naturaleza se envolvió en el manto primaveral; para coquetear un poco antes de cocharse en brazos del invierno y quién sabe si para establecer diferencias entre las esplendideces y alegrías celestiales y las amarguras engendradas por las pasiones terrenas.

De pronto brotó en la campiña una nube blanca en cuyo interior brilló un relámpago y el eco formidable de un cañonazo llenó el espacio de ruidos y el espíritu de inquietudes.

—¡El bombardeo! ¡el bombardeo!—gritó conmovida la gente trepando á las cumbres de las montañas para contemplar aquel horror.

Media hora después, el humo de la pólvora invadía la ciudad y el campo, y la voz enoñada de los cañones rugía furiosa llevando por doquier el espanto y la desolación.

Han pasado veinticuatro años y de aquella tremenda lucha nada queda; los que entonces eran enemigos, há tiempo que se dieron la mano; para muchos de ellos pasará desapercibido este día; pero para los que con motivo de aquellas desventuras y sustos y su-

frimientos dejamos enterrados en tierra forastera pedazos queridísimos de nuestra alma, no puede pasar inadvertida esta fecha que tan grabada quedó en nuestro corazón y en nuestra mente.

RAUL.

LOS EXPLOSIVOS

Y EL GENERAL AZNAR

Nuestro amigo el diputado por esta circunscripción, Sr. Aznar, se halla en estos momentos, como siempre que la defensa de los intereses cartageneros reclaman su ayuda, ocupado en la defensa de los intereses mineros de esta región tan gravemente amenazados por la ley de monopolio sobre los explosivos.

Hace días dimos cuenta de sus gestiones en este asunto. Posteriormente nuestro corresponsal telegráfico nos habló de los trabajos del Sr. Aznar, anunciándonos que nuestro amigo había confeccionado un cuestionario para remitirlo á los mineros, y ayer hemos recibido el documento anunciado, que dice así:

«Los representantes de distritos mineros que hasta ahora se han reunido en Madrid, entienden que el monopolio de los explosivos perjudica de un modo excesivo sus intereses, á la que los beneficios reportados por el Tesoro están en relación con los sacrificios impuestos.

Los precios autorizados y adoptados por la Sociedad de explosivos permitirán á ésta recaudar más del doble de la cantidad que el Tesoro le exige.

Además, en varios de los distritos de que hasta ahora se tiene noticia ha administrado la Sociedad, explosivos de tan inferior calidad que aumentan el gravamen por la mayor cantidad que de ellos ha de consumirse, y también aumentan los peligros de accidentes desgraciados ocurridos en los trabajos.

Para intentar, pues, por los medios legales, la anulación del contrato de monopolio, ó cuando menos, la reforma de sus condiciones y precios, desearían los representantes de distritos mineros hasta ahora reunidos en Madrid, saber si los interesados en otras provincias de España se adhieren á este pensa-

BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA 121

—Entonces, continuó Leon, desechando su natural frialdad, aprovecháremos la hora en que el sol resplandecía con todos sus rayos en medio del cielo, y tendiendo las blancas velas á la risueña brisa, colocados nosotros tres en el alojar de popa y al pie del asta-bandera donde flotará la magnífica enseña española, saldremos...

—Esperad, gritó el poeta, sintiendo un destello de inspiración y poniéndose en pie, exclamó:

Saldremos, vive Dios! al golfo undoso
y allí á merced del perfumado viento,
rompiendo con la quilla el poderoso
y en perlas rico el límpido elemento;
la proa al este, do se extiende hermoso,
de la España el florido pavimento,
entre el aire, el cañon y entre las olas
triumfarán nuestras rojas banderolas.

—Bien... bien, gritaron los jóvenes enardecidos; una copa á la salud del poeta.

Se llenaron los vasos y los tres bebieron con la mayor alegría.

Arcabuz, quieto é inmóvil en un rincón, hubiera corrido á darle un abrazo á Millan, si el respeto que le tenía á su amo no le contuviera.

—¡Ah! nos hemos dejado arrastrar por el entusiasmo, dijo Leon.

CARLOS II EL HECHIZADO

120

—Mejor.

—Alto, señores, exclamó el capitán: no me gusta adoptar el camino de los extremos hasta el último apuro.

—Explicaos.

Y los tres jóvenes para entender mejor la teoría que iba á desarrollar el capitán, empinaron una copa de Oporto.

Arcabuz se replegó en un rincón, semejante á una estatua mutilada de nuestras antiguas glorias.

—Vamos por partes, señores, dijo Leon; yo no creo que la fragata sea tan imprudente que pretenda cerrarnos el paso en frente de una plaza española y cuando á una señal pueden dirigirse á ella docientos cañones.

—Es una observación prudente, contestó Martin.

—A mí no me satisface, replicó Millan.

—¿Por qué?

—Porque la fragata luego que vea nuestros movimientos para darnos á la vela, hará los mismos, y cuando la plaza quiera defendernos ya se encontrará fuera de los tiros de sus balas rasas.

—Es que para esto hay un remedio.

—¿Cuál?

—Noticiar al gobernador lo que pasa.

—Así varía de aspecto el negocio.

BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA 117

que llame á un cirujano, pues yo necesito sangrarme.

Valdivia se sonrió con cierto desprecio, y salió de la habitación mofándose de la cobardía del jefe superior de Cartagena.